

Lanzarote

RESERVA DE BIOSFERA



Patrimonio Cultural



UN PATRIMONIO CULTURAL VIVO

Para la mayoría de las islas, el patrimonio no es un concepto ambiguo, no forma un conjunto de objetos anclados en el pasado. Las islas, a pesar de su relativa escasez, son hábiles en entender que la cultura es un proceso en continua evolución, un recurso que puede ser proyectado al futuro. El patrimonio en las islas dista mucho de ser el museo continental, no es el referente, es en sentido literal la herencia del inmigrante que se dilapida o se engrandece.

Un ejemplo, los «zocos» de la Geria, esos increíbles sistemas de cultivo en la ceniza volcánica, fueron iniciados por la población aborigen, mejorados por las aportaciones traídas por navegantes italianos que recordaban la viticultura de las faldas del Vesubio y posteriormente exportados a las recién pobladas islas de Azores donde crearon los *currais da vinhas*, en el mis-



mo lapilli macaronésico y, ahora, en el borde del siglo XXI, en una isla cosmopolita que recibe un millón y medio de turistas al año, siguen siendo la base de una floreciente economía vitivinícola que ha hecho resurgir nuevos caldos a partir del recuerdo de las históricas malvasías.

Es por ello que, curiosamente, en las islas es donde menos se habla de patrimonio cultural, porque para los insulares sigue siendo una parte de la

herencia a usar, repartir o malgastar. Una herencia que en un mundo caracterizado por la globalización económica sigue marcando la diferencia, continúa siendo por decisión de la mentalidad insular uno de sus activos básicos para el desarrollo en el futuro. Esta visión es la que nos permitirá descubrir la real riqueza del patrimonio insular de la Isla de los Volcanes.



PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO E HISTÓRICO

Los primitivos pobladores procedían del área norteafricana, toda una cultura que se estima fue importada hacia el siglo V a.C. Ánforas encontradas en los fondos marinos de La Graciosa nos animan a especular que otras culturas mediterráneas visitaron la isla de Lanzarote.

El encuentro de los pobladores con el territorio insular obligó durante el primer milenio a concebir una estrecha interdependencia con los escasos recursos existentes. El modelo territorial de ocupación aborigen colonizó principalmente el centro y el noroeste de la isla, con asentamientos concentrados sedentarios de carácter agrícola y ganadero, aunque existían

aprovechamientos estacionales o temporales de los recursos costeros, los cuales produjeron otros pequeños enclaves dispersos, principalmente en el Malpaís de la Corona y El Jable.

Resulta imposible conocer el número de estas localizaciones prehistóricas, ya que la erupción de los volcanes del Timanfaya sepultó buena parte de las

huellas humanas preexistentes. No obstante, las diferentes investigaciones indican que la población insular no superó nunca los dos mil habitantes. Aunque lo que si se conoce es que antes de la conquista existía toda una jerarquización social entorno a la Gran Aldea (Teiguise) y al llamado sitio de Zonzamas.



Los patrones de ocupación territorial prehistórica en Lanzarote obedecen a la explotación de cuatro tipos de hábitats bien definidos: el de llanura y caldera, ambos de carácter sedentario, y los de malpaís y jable, que tenían carácter estacional o temporal. Todos aprovechaban los escasos suelos fértiles generados por el arrastre en las cuencas endorreicas, ampliados artificialmente gracias a la construcción de muros de piedra seca. La conservación del suelo fértil se complementaba con una compleja obra hidráulica que permitía canalizar las escorrentías para regar directamente las *gavias* o llenar las *maretas* (charcas), pozos o cisternas que, según las referencias históricas y los restos existentes, se construían con tecnología de piedra y barro.

En los asentamientos sedentarios se localizaban las edificaciones en el entorno de la ocupación agrícola. En cambio, en el marco de la explotación temporal del Malpaís o el Jable, con escasos recursos y uso fundamentalmente ganadero o recolector, se producían asentamientos dispersos con arquitecturas más elementales.

La imagen arquitectónica de dichos asentamientos es la propia de la arquitectura pastoril. Toda la obra mural agrícola y las edificaciones estaban construidas con muros de piedra seca sin manufacturar y los trazados de tendencia circular estaban adaptados intensamente al plano del terreno. Se practicaba la excavación como factor de economía, o bien de integración ante las condiciones ambientales, debiendo haber existido algún tipo de cubierta vegetal de la que no existe referencia alguna. También, se utilizó la bóveda rebajada en pequeñas estancias pastoriles, construidas con material volcánico de lajas planas.

Esta concepción y tecnología básica produjo tres tipos habitacionales:

- la *casa honda*, construcciones de piedra seca, ligeramente enterradas, con planta interior en ocasiones polilobulada y exterior de tendencia oval o circular, cerradas y con la puerta a sotavento.
- la *cueva natural* subterránea o *cueva de majo*, localizada generalmente en tubos o grietas volcánicas y acondicionada interiormente con paredes de piedra seca.
- los *solapones* y pequeñas cuevas o refugios de piedra seca, vinculados a las actividades temporales en el Malpaís o el Jable.





Aunque en la actualidad se tiene una información parcial sobre la ocupación territorial y la arquitectura prehispánica, resulta indudable el que la ocupación territorial posterior, incluso hasta nuestros días, ha mantenido el hilo conductor tejido por sus pobladores desde el origen.

No sólo la colonización agrícola posterior se asentó sobre la cultura aborigen, sino que ha pervivido hasta fechas recientes la sabia «cultura del agua», que ordena huertas, muros y algibes, produciendo adaptaciones agrícolas tan sorprendentes como el «zoco» excavado, que se defiende de los vientos y aprovecha las humedades.

Aún subsisten un gran número de yacimientos arqueológicos distribuidos por toda la isla, pero el más importante y mejor conservado es el poblado de Zonzamas. Se encuentra entre Arrecife y San Bartolomé, en un pequeño montículo basáltico donde resalta la presencia de una cueva y en torno al

-  Poblado
-  Cueva de habitación
-  Asentamiento en hoyo o caldera
-  Necropolis
-  Cueva de enterramiento
-  Quesera
-  Grabado
-  Fuentes de agua (pozos, nacientes)



PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO

cual se sitúan el antiguo poblado aborigen y dos antiguas maretas. Circundando el denominado «Palacio de Zonzamas» subsisten los restos de una muralla construida con grandes bloques de piedra seca. En Zonzamas se pueden identificar los patrones y formas que dibujan la fuerte y sobria personalidad de la presencia humana en Lanzarote.

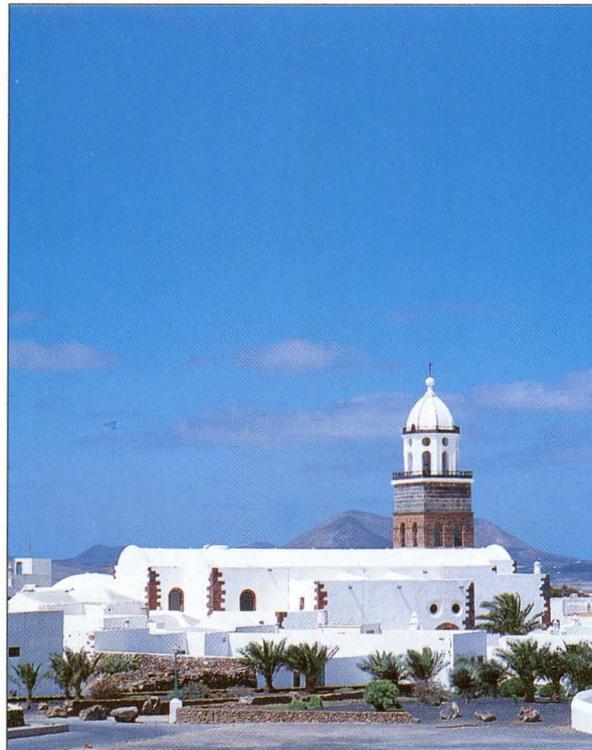
El tránsito a la historia y la huella construida

El primer asentamiento europeo en Lanzarote y en Canarias se produce a comienzos del siglo XV (1402-1404) en San Marcial del Rubicón, donde se construye un verdadero núcleo colonizador franconormando, hasta que con la incorporación a la Corona de Castilla se consolida la capital en Tegüise, sobre la Gran Aldea aborigen.

A diferencia de la arquitectura aborigen que tenía un marcado carácter pastoril, basada en trazados circulares, la incorporación de las prácticas agrícolas españolas (castellano-andaluza) introduce los alineamientos de la cultura del arado, manteniendo como fósil cultural el «zoco» de la cultura precedente. El muro de piedra seca, como primer elemento de la arquitectura del territorio, se despliega en toda la geografía insular, conteniendo las tierras o delimitando las propiedades. Lanza-

rote dibuja en todo este período un paisaje nuevo que marcará la identidad de la isla en el futuro.

Las obras de arquitectura militar, castillos o bastiones defensivos florecen en los primeros siglos. Antes de su existencia, la población de la isla se refugiaba en las cuevas naturales cuando se producían los frecuentes ataques de piratas, siendo las más conocidas la cueva de los Verdes y la de los Majos en Zonzamas. Con anterioridad a que se produjera la conquista normanda, Lancelotto Malocello edifica un pequeño castillo; lugar en el que se levantaría el fortín o torre del Rubicón.



Los castillos son, en general, de fábrica de mampostería de piedra y sillar, que se resuelven en bóveda de cañón y trazados circulares, como el de San José y el del Águila o bien en plantas de trazado convexo como los castillos de San Gabriel o el de Guanapay, de formulación posterior que remodela el ingeniero Torriani en su visita histórica a las Islas Canarias.

Las iglesias y ermitas tienen un significado territorial similar, por cuanto que marcan la consolidación del asentamiento. Destacan la iglesia catedral de San Marcial del Rubicón que conserva el pavimento y arranque de muros y la de Ntra. Sra. de Guadalupe en Tegüise, edificada en 1452, que es en la actualidad

la representación más antigua de la arquitectura eclesiástica en la isla. Esta iglesia fue durante años el blanco de los ataques piráticos de Calafat.

Como obra patrimonial de relevancia insular merece destacarse el Puente de las Bolas del Castillo de San Gabriel, la pieza más representativa del conjunto de la obra hidráulica que se desarrolla delicadamente en el frente litoral de Arrecife formando parte de una de las marinas más bellas de Canarias. Esta pieza es el máximo exponente de un rico patrimonio marítimo del que sobresalen los pequeños embarcaderos de obra de mampostería de piedra y sillar situados en Arrieta y Punta Mujeres.

A pesar de su aparente austeridad, la isla alberga también un patrimonio rico en elementos singulares. En el contexto de la obra agrícola encontramos los emblemáticos molinos de viento para molienda dando fe del pasado cerealista. Se localizan en los altozanos de las vegas agrícolas y siguen dos modelos claramente diferenciados: el *molino macho* castellano y la *molina* de estructura arriostrada de madera. El molino macho, de ascendencia castellana, se construye entre los siglos XVI y XVII, es un molino de base troncocónica y eje horizontal, con rotor de madera y vela, subsistiendo aún algunos buenos ejemplos como el de Tiagua. Las molinas son cronológicamente posteriores y estuvieron funcionando hasta principios

de este siglo. Tienen base cúbica donde se aloja la maquinaria de la molienda, apoyando el rotor de eje horizontal y las velas, mediante una estructura cúbica de madera arriostrada, que en algunas casas tiene incluso castillete, como en el molino de Mácher. Otro importante grupo está constituido por los molinos salineros, que conservan con ligeras variaciones la ancestral tipología del molino de vela de Creta.

La arquitectura popular del mundo rural

La arquitectura doméstica insular es una de las más personales y diferenciadas de Canarias. Siempre ha predominado la casa de una sola planta, dado que no se disponía de madera, con una abierta influencia morisca. El patrón formal originario de la casa popular de Lanzarote es la nave lineal de cubierta plana con cuerpo adosado en L, lo que le permite el control bioclimático más sencillo

ante el viento como ocurre en todas las culturas de llano.

Son construcciones elementales y de marcado carácter agrícola o ganadero, realizadas con fábrica gruesa vista de piedra o laja volcánica. Su cubierta se resuelve primero a un agua para evolucionar posteriormente hacia las dos aguas, con estructura de rollizos. Aquí es donde aparece el antecedente de la cubierta a dos aguas tan típica



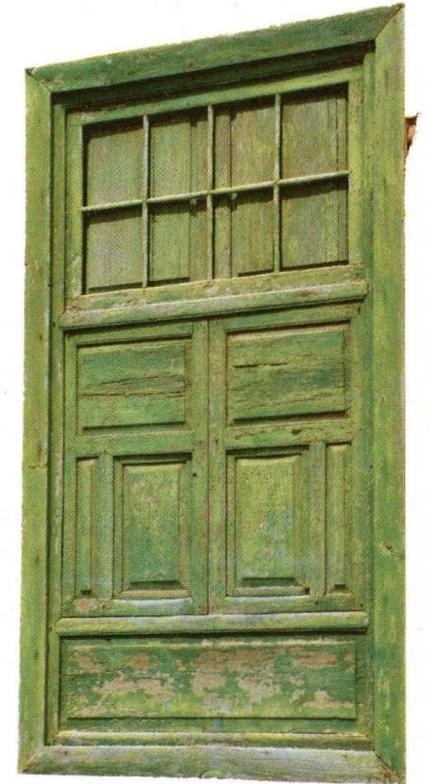
de Lanzarote y también de Fuerteventura. Es en origen una sencilla estructura de fibra vegetal y torta de barro que en el episodio posterior se encala al exterior. El modelo formal de fachada es producto de la apertura funcional de los huecos y es notable el sentido del lugar y la adaptación al terreno que manifiesta, a lo que colabora el acabado de la piedra que se funde con el mismo suelo del que procede. Su programa funcional es limitado, estando formado por varias estancias agregadas e indiferenciadas, con las piezas agrícolas y ganaderas adosadas: el horno de pan, el algibe, la era o el redil.

En base a este modelo se construyeron los primeros núcleos de la isla, para rápidamente evolucionar, manteniéndose únicamente en la actualidad este tipo en edificaciones dispersas y en general abandonadas. El período que va hasta 1850 está caracterizado por un claro deseo de mejoría al introducirse los nuevos materiales como la cal o el cristal y sumarse el apoyo decidido de los oficios. En gran



parte se sobrepone al episodio anterior, generalmente modificándolo por evolución. De esta forma se originan dos de los rasgos arquitectónicos más característicos de esta época: el sobrado con cubierta a dos aguas que ya se encala por fuera, y el pórtico de madera adosado, que es una ampliación de la escalera de acceso. Se comienza con el desarrollo de los remates de chimenea, que tanta fortuna tendría en el episodio posterior, evolucionando la chimenea primitiva de macizado de obra hacia el remate de estructura de madera con rellenos de mortero que adoptan esquemas de inspiración «arabesca», en donde reconocemos indudables reminiscencias de islas mediterráneas como Menorca.

Complementando este ámbito rural encontramos aún toda una sorprendente arquitectura del agua: fuentes, pozos, maretas y aljibes, guardan en su diseño el esfuerzo colectivo por sobrevivir a la aridez. La Gran Mareta de Teguisse fué la máxima expresión de esta cultura. Las crónicas de la conquista de 1402 hablaban ya de «charcas» o «maretas» de este tipo. La mencionada Gran Mareta era de propiedad comunal y a ella llegaban personas de toda la isla para abastecerse o cumplir con las preceptivas tareas de limpieza y mantenimiento.



LOS JARDINES DE SAL

«Los hombres sabios de la antigüedad solían decir que la sal blanca debe guardarse para los días negros»

Pedrag Matvejevic. Mediteranski Brevijar

El poder de la sal ha sido tan grande que durante siglos ha dibujado una geografía política propia. Desde Tudeini a Cartago, de Ibiza a Corfú o de Bretaña a Setúbal, las salinas fueron la base de repartos territoriales y nodos básicos de las rutas comerciales. La sal promovió el poder de Venecia, definió la riqueza de gobiernos y condicionó la caída de Cartago. Las salinas fueron hitos fundamentales en las rutas comerciales y signo de dominio en los territorios costeros. Para Aristóteles, la sal era «tierra quemada», un compendio de los cuatro elementos: la tierra, el agua, el fuego y el viento.

El poderoso influjo del comercio de la sal alcanzó por vez primera a Canarias antes del siglo XV, precisamente en Lanzarote. La salina canaria más antigua de



la que se tiene constancia es la del Río, que aún subsiste al borde de los Riscos de Famara, formando un espejo multicolor que contribuye a la espectacularidad de este paraje. Todos los indicios apuntan a que fue utilizada y explotada con mucha anterioridad a la conquista hispánica, ya que Gaspar de Fructuoso afirma que en la isla se hacía sal y menciona este lugar como Salinas del Conde. También se sabe que estas salinas fueron acondicionadas en tiempos de Sancho de Herrera (1422) primer señor de Lanzarote.

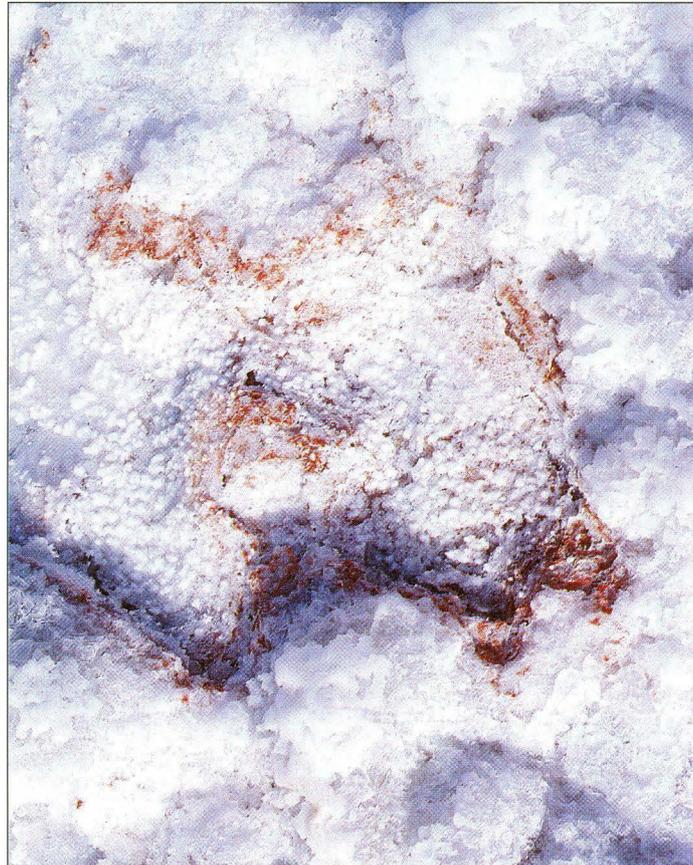
Las salinas desarrolladas a lo largo de dos milenios sobre las costas mediterráneas y atlánticas fueron alcanzando un grado de integración con su entorno y evolución constructiva tal, que hoy podemos catalogar estos ingenios como auténticos

y genuinos *paisajes culturales*, que según la definición del Centro Mundial del Patrimonio serían aquellos lugares donde se manifiesta el más alto grado de convivencia entre la obra del hombre y la obra de la naturaleza. Y es precisamente este concepto el que se termina expresando con toda su amplitud en Lanzarote. La especial climatología y particularidad de las costas de la isla contribuyó a recoger la culta concepción mediterránea y elevarla a un nivel de detalle impresionante. La salina incorporó elementos constructivos de la cultura agrícola local, dando como resultado un cultivo de agua marina y un paisaje excepcional. César Manrique escribió: «siempre me ha impresionado la visión de una salina. Las de Lanzarote me han llamado la atención por su lineal belleza y por su cegador colorido, destacan con personalidad propia sobre el paisaje de la isla: las salinas de Lanzarote me asombran por lo bien programadas que están, como la propuesta racionalista en la que la regla del diseño compone la funcionalidad del ingenio».

Pero además, las salinas no son solo un patrimonio cultural que recoge las arcaicas tradiciones y la forma de es-

culpir el territorio de los insulares, las salinas son como decíamos una obra que ayuda al mantenimiento del patrimonio natural. Y esto es así porque esencialmente las salinas constituyen un *ecotono*, un punto de encuentro entre ambientes distintos, entre la tierra y el mar. A pesar de sus extremas condiciones ambientales, las salinas permiten la existencia de una vegetación y de una fauna que en ocasiones enriquece la situación precedente a su implantación. El

complejo abanico de condiciones de salinidad del agua en charcas diferentes, permite incluso la generación de ecosistemas diversos. Las distintas parcelas y escalones poseen una enorme diversidad, desde la presencia de algas microscópicas hasta la vegetación de borde típica de los saladares. Pero por encima de todo, las salinas son parada y fonda de la avifauna local y de la que nos visita. Las aves son los visitantes, e incluso los habitantes más habituales de estos parajes. Los distintos niveles de agua y el tipo de charcas y recintos forman un hábitat excepcional para muchísimas especies: cigüeñuelas, avocetas, chorlitejos, agujas colinegras.... Por ello, la conservación de estos paisajes de sal resulta doblemente obligatoria.



La totalidad de las salinas que existían funcionando en la isla en su momento de máximo esplendor, en las primeras décadas del presente siglo, llegaron a ocupar cerca de dos millones de metros cuadrados, que conociendo la complejidad de su construcción y la escasez de recursos territoriales, representa una obra simplemente sobrecogedora.

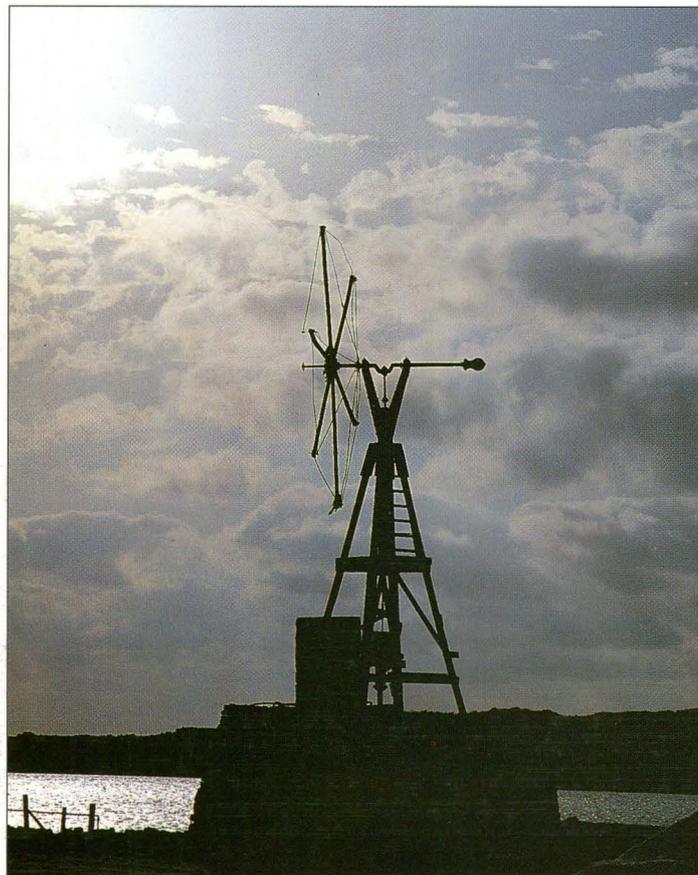
Muchos de estos parajes ya han desaparecido totalmente, como es el caso de las salinas de Orzola, Punta Mujeres, Los Charcos, El Rostro, Las Cucharas, Bastián, Las Caletas, Punta Grande, Matagorda, Salinas de Batancor, Puerto Naos, El Berrugo y La Santa.

Otras aún conservan el delicado trazado, el arte de amoldarse suavemente al territorio, a la espera de un difícil rescate, o al menos de un reconocimiento. Estos son los casos de las salinas de Tío Joaquín en Guatiza, las de Tomás Toledo y El Herrero en el frente de Arrecife que aún tienen el poder de guardar para la fachada marítima de la capital el dibujo de su historia y, muy especialmente, las mencionadas salinas del Río que subsisten sin intervención humana, debido al incesante trabajo de las mareas.

No obstante, gracias al tesón de antiguas familias y tradiciones salineras, aún se mantienen en pie, y produciendo sal como antaño, dos ingenios en la costa de Lanzarote; estos son las Salinas de los Agujeros, en la zona de Guatiza, y las de Janubio.

Con medio millón de metros cuadrados de cristalizadores, charcas y calentadores, las salinas de Janubio son las más grandes que jamás existieron en Canarias.

El conjunto de la obra salinera se adapta al entorno de una espectacular laguna costera, separada del mar por un cordón litoral. En Janubio se ha desarrollado uno de los modelos constructivos salineros antiguos más complejos que se conocen, un compendio de oficios, donde el trabajo de la piedra y el barro dan un resultado sorprendente. Por ello, la Unesco cataloga este recinto como uno de los legados salineros de mayor interés cultural que perviven actualmente en el área de influencia mediterránea, tan complejo como las salinas de Istria o Ibiza. Por eso también, la Comisión Europea y el Gobierno de Canarias ha impulsado un programa de rehabilitación, apoyado por el MaB e Insula, con la finalidad de rescatar para el patrimonio común los paisajes de sal de la Isla de los Volcanes.





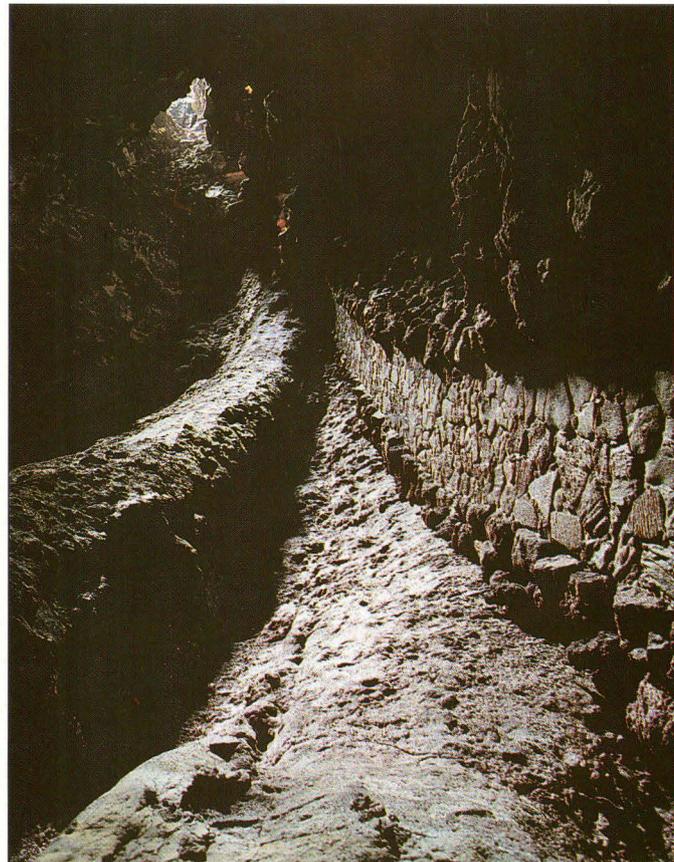
EL LEGADO DE CÉSAR MANRIQUE

«Yo trato de ser como la mano libre que forma la geología»

César Manrique

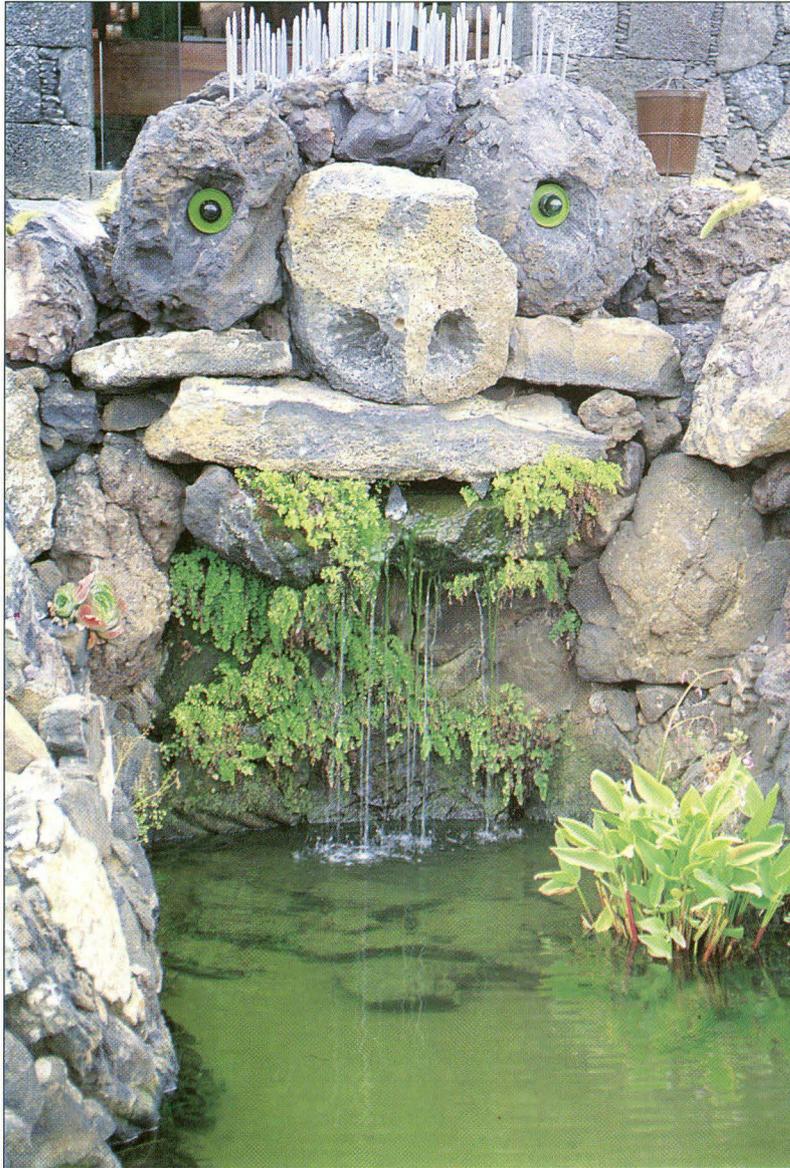
Todo el legado patrimonial de Lanzarote fue recogido de forma magistral por el genial artista insular. César fue una persona adelantada en el tiempo que tuvo la idea de considerar la naturaleza y el singular paisaje de la isla como un delicado lienzo en donde el hombre podía desarrollar armónicamente su creatividad. Desde los años sesenta hasta 1992, César concibió unos veinte proyectos que constituyen una de las mejores muestras de equilibrio entre la obra construida y el medio natural. Algo que él llegó a definir como «arte total» y que consagraba definitivamente una manera de entender y apreciar la isla.

Además de su excelente obra plástica, lo que más resalta en la isla respecto



a la creatividad manriqueña, en relación a su designación como Reserva de Biosfera, es el tipo de intervención que impone para las nuevas realizaciones de carácter turístico. Ha de reconocerse obligadamente que tal obra hubiera sido inconcebible sin el apoyo de un hombre como José Ramírez, alguien que supo desde el Cabildo Insular prever en el tiempo y apostar por una idea que en aquel entonces rompía los cánones establecidos, una época en la que nadie hablaba de medio ambiente.

Resulta difícil explicar la obra de César al margen del legado histórico del ingenio lanzaroteño, que como hemos visto ha plagado la isla de sabias y sorprendentes intervenciones territoriales. No sólo



mantiene el hilo conductor con el primitivo aborigen, sino que utiliza a discreción los detalles de la arquitectura popular, los diferentes murados tradicionales o el regusto por los molinos de viento que recrea en sus móviles.

Sin embargo, César resulta moderno e innovador, por cuanto investiga las capacidades del recurso natural, sin violentarlo, dotándolo de un nuevo significado. Sirva de ejemplo el uso del *collage* lávico que utiliza en dinteles, jambas, muros, pavimentos o escaleras, dando la impresión de que esos elementos siempre estuvieron allí, como si de un engaño cinematográfico se tratara.

Las secciones constructivas empleadas en la obra de César reflejan esa sabia combinación de tradición, modernidad y respeto ambiental. En su obra encontramos incrustados los elementos más representativos del patrimonio rural de la isla: el pozo, la reivindicación de la cueva de majos, el zoco, los murados lávicos o basálticos y las bóvedas tradicionales. En su afán por alcanzar la mimetización con el entorno observamos los amontonamientos de callaos, los remates con porciones de lava o el enarenado de picón. Todos estos elementos se ensalzan con el empleo de materiales nobles, madera, fundición y cristal encajado en la roca.

Un recorrido por su obra construida nos permite deleitarnos con las sugerencias que ofrece. En los Jameos recupera la cultura de la cueva, incorporando con el oasis y las palmeras el regusto de la cultura árabe, haciendo participar al visitante de los elementos básicos: la piedra, el agua, el aire y el fuego. En la Cueva de los Verdes se magnifica su interior en base a una delicada combinación de luz y sonido. En el mirador del Río, se emplean las cuevas a niveles, la mastaba en su pórtico y un increíble collage de piedra y cristal que aporta la absoluta incorporación de la obra con su entorno, dando la impresión de que el

mirador fue creado en el principio de los tiempos. Es este el secreto de la obra digna, cuando pierde su datación y se funde con su medio.

Su Casa de Tahíche, hoy Fundación César Manrique, sumerge la residencia en las entrañas de la tierra, como si de un príncipe aborigen se tratara. La casa tradicional de la isla se integra con los jameos y tubos volcánicos. Los volúmenes se van adaptando a la planta y a la cota del terreno, dejando intactos los mantos de lava, aprovechando la limpieza del paisaje para introducirlo con grandes ventanales. En Timanfaya descubre la utilidad de los prismas circulares adosados, de arquitectura primitiva, resolviendo los pavimentos y muros con mampostería de piedra volcánica. En cambio, en el Castillo de San José, la intervención de César se limita a recuperar la obra original, de magnífica y sólida fábrica de mampostería de piedra y remates de sillar, adosando un cuerpo exterior que permite proyectar sus vistas sobre el puerto; una mirada al sur.

El Jardín de Cactus representa la máxima evolución de los paisajes de su entorno, formados por cotos de tunera, recuerdos de una etapa histórica en la isla cuando hacia 1830 Guatiza y Mala tuvieron gran auge gracias a la producción de cochinilla. En una antigua cantera de picón recrea un gran «zoco» y utiliza de nuevo la mastaba excavada de mollero de piedra de forma similar a como hiciera en el Mirador del Río. Se recupera, además, un antiguo molino para el «gofío» y se remata la obra con la moderna escultura del cactus a la entrada.

En resumen, César introduce la modernidad y la estética creativa como una respetuosa mano que modela la geología, a la manera de un gran coreógrafo que aprovecha y engrandece para la visión humana los recursos de su medio ambiente.



